

Nacieron juntos. Y morirán juntos



EL SERMÓN DE FUEGO

FRANCESCA HAIG

minotauro

FRANCESCA HAIG

EL SERMÓN
DE FUEGO

minotauro

Título original: *The Fire Sermon*

Primera edición: septiembre de 2015

© 2015, De Tores Ltd. f/s/o Francesca Haig

© Traducción de Manuel Mata, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0258-2

Depósito legal: B. 6.813-2015

Preimpresión: Víctor Igual, S.L.

Impresión: Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Siempre había creído que vendrían a por mí de noche, pero los seis hombres llegaron a galope a la llanura en la hora más calurosa del día. Era la época de la cosecha. Todo el asentamiento estaba en pie desde muy temprano y lo estaría hasta tarde. Las buenas cosechas nunca estaban garantizadas en las tierras yermas que se permitía trabajar a los omegas. Durante la última estación, las fuertes lluvias habían hecho aflorar las cenizas de la deflagración desde los estratos profundos. Los pocos tubérculos que salieron eran diminutos. Todas las patatas de un campo entero crecieron hacia abajo. Las encontramos, cubiertas de ojos y marchitas, casi dos metros bajo el estiércol. Un niño se ahogó mientras las desenterraba. El agujero solo tenía unos metros de profundidad, pero la arcilla cedió y no pudieron sacarlo. Yo había pensado en mudarme, pero las lluvias habían anegado todos los valles y ningún pueblo acogía desconocidos en medio de la hambruna.

Así que me quedé durante aquel año desolador. Todo el mundo hablaba de la antigua sequía, cuando las cosechas se malograron tres años seguidos. Solo era una niña por entonces, pero incluso yo recuerdo haber visto los cadáveres del ganado, navegando en los campos de polvo sobre las almadías de sus propios huesos. Hacía más de una década de aquello. Lo de ahora no podía ser tan malo como los años de la sequía, nos decíamos unos a otros, como si a base de repetirlo pudiéramos conseguir

que se hiciera realidad. Al llegar la primavera miramos con aprensión las espigas de los campos de trigo. Las primeras cosechas crecieron fuertes, y las largas y gruesas zanahorias que sacamos aquel año de la tierra fueron motivo de chanza entre los más jóvenes. En mi pequeña parcela yo misma saqué una enorme cabeza de ajos, que llevé en brazos al mercado como si fuese un niño. Durante toda la primavera vi crecer el trigo en los campos, hermoso y alto. La lavanda, detrás de la casa, estaba cubierta de abejas, y, en el interior, las alacenas estaban repletas de comida.

Llegaron a mitad de la cosecha. Primero lo sentí. Si debo ser sincera conmigo misma, llevaba meses sintiéndolo en mi interior. Pero en aquel momento lo percibí con claridad, como una repentina alerta que no habría podido explicarle a nadie que no fuese vidente. Era como una sensación, o como el cambio de algo: como si una nube se moviese por delante del sol o el viento cambiase de sentido. Me erguí, guadaña en mano, y miré al sur. Cuando empezaron los gritos, al otro lado de la aldea, ya había echado a correr. Mientras el grito cobraba más fuerza aparecieron seis jinetes a galope y los demás también echaron a correr. No era infrecuente que los alfas asaltaran los asentamientos de los omegas para robar cualquier cosa de valor. Pero yo sabía lo que buscaban. Y también que no tenía mucho sentido correr. Me había decidido a escuchar las advertencias de mi madre con seis meses de retraso. Mientras me agachaba para cruzar la cerca y corría hacia el límite sembrado de rocas del pueblo, comprendí que me atraparían.

Apenas tuvieron que frenar para hacerlo. Simplemente, uno me agarró mientras corría y me levantó en volandas. De un golpe en la muñeca me hizo soltar la guadaña y luego me tiró de bruces sobre la parte delantera de la silla. Pataleé, pero no conseguí más que espolear al caballo. Las sacudidas en las costillas y las tripas fueron más dolorosas que el golpe anterior. Una mano fuerte se posó sobre mi espalda y sentí que el hombre inclinaba el cuerpo hacia delante para azuzar al caballo. Abrí los ojos, pero volví a cerrarlos al instante al encontrarme con la imagen invertida de la

tierra golpeada por los cascos del caballo que pasaba volando ante mis ojos.

Al sentir que aminorábamos un poco me atreví a abrir de nuevo los ojos, pero en ese mismo instante sentí la punta de una daga en la espalda.

—Tenemos órdenes de no matarte —dijo el hombre—. Dice tu gemelo que ni siquiera podemos dejarte inconsciente. Pero aparte de eso, como nos des problemas no pienso andarme con chiquitas. Comenzaré por cortarte un dedo, y más vale que me creas cuando te digo que ni siquiera frenaré la marcha para hacerlo. ¿Estamos, Cassandra?

Traté de decir que sí, pero solo pude exhalar un gruñido jadeante.

Seguimos cabalgando. Por culpa de las constantes sacudidas y de la posición en la que me encontraba, vomité dos veces... La segunda, advertí con cierta satisfacción, sobre sus botas. Maldijo, tiró de las riendas, me levantó de un fuerte agarrón y me rodeó el cuerpo con una cuerda dejándome los brazos inmovilizados en los costados. Así sentada, delante de él, la presión de la sangre en la cabeza fue remitiendo a medida que se restablecía la circulación por todo el cuerpo. La cuerda se me clavaba en los brazos, pero al menos impedía que me zarandease, sujeta firmemente por el hombre a mi espalda. Marchamos así el resto del día. Al caer la noche, cuando la oscuridad se deslizaba sobre el horizonte como un dogal, paramos un momento y desmontamos para comer. Otro de los hombres me ofreció un poco de pan, pero no pude tomar más que unos sorbos de un agua templada y con sabor a moho. Luego volvieron a subirme a un caballo, esta vez el de un hombre distinto, cuya negra barba me hacía cosquillas en la parte baja de la nuca. Me echó un saco sobre la cabeza, pero en la oscuridad tampoco supuso mucha diferencia.

Sentí la ciudad en la distancia mucho antes de que el estampido de los cascos en el suelo revelase que habíamos llegado a una carretera adoquinada. Comencé a percibir destellos a través de la tela del saco. Podía notar la presencia de gente a mi alrede-

dor, mucho más numerosa que en Haven los días de mercado. Millares, supuse. El camino fue empinándose a medida que avanzábamos, ahora más despacio, entre el marcado repiqueteo de los cascos sobre los adoquines. Entonces nos detuvimos y me dejaron, casi como si fuese un fardo, en manos de otro hombre, que me arrastró consigo durante varios minutos, entre breves paradas para abrir puertas. Cada vez que volvíamos a ponernos en marcha oía cómo cerraban con llave la puerta que acabábamos de atravesar. Cada crujido de los cerrojos era como un nuevo golpe.

Finalmente hicieron que me sentase en una superficie blanda. Oí un chirrido metálico tras de mí, un cuchillo que salía de su vaina. Sin darme tiempo ni de gritar, la cuerda que me rodeaba el cuerpo cayó al suelo, cortada. Unas manos me palparon el cuello y me quitaron el saco de la cabeza. La áspera arpillera me rozó la nariz al salir. Estaba sobre un camastro bajo, en una habitación diminuta. Una celda. No tenía ventanas. El hombre que me había desatado estaba cerrando una puerta metálica tras de sí.

Tendida en la cama, con el regusto del moho y del vómito en la boca, dejé que las lágrimas brotaran al fin. En parte por mí y en parte por mi gemelo. Por aquello en lo que se había convertido.

A la mañana siguiente, como siempre, estaba soñando con fuego cuando desperté.

En los meses posteriores, los momentos que seguían a tales sueños se convirtieron en los únicos en los que me alegraba de encontrarme entre las cuatro paredes de la celda. La gris monotonía de aquel espacio y la familiaridad de sus implacables paredes eran el polo opuesto del vasto y salvaje exceso de la deflagración con la que soñaba cada noche.

No había relatos escritos ni imágenes sobre la deflagración. ¿Qué sentido tenía pintarla o escribir sobre ella cuando estaba grabada sobre todas las cosas? Incluso ahora, cuatrocientos años después de que lo hubiera destruido todo, seguía siendo visible en los acantilados desmoronados, las llanuras carbonizadas y los ríos cuajados de cenizas. En todos los rostros. Se había convertido en la única historia que podía relatar la tierra, así que, ¿quién más iba a querer registrarla? Una historia escrita con cenizas, con hueso. Decían que antes de la deflagración hubo sermones sobre el fuego, sobre el fin del mundo. El propio fuego dio el último sermón. Después del suyo no hubo más.

La mayoría de los supervivientes quedaron sordos y ciegos. Muchos otros se encontraron solos. Si le contaron su historia a alguien, fue al viento. Y aunque tuvieran compañeros, ningún superviviente podría nunca describir con precisión el momento en que sucedió: los nuevos colores del cielo, el rugido atronador

que puso fin a todo. En su pugna por contarlos, los supervivientes se habían encontrado, como yo, perdidos en ese espacio donde se acababan las palabras y comenzaba el sonido.

La deflagración fragmentó el tiempo. En un mero instante lo dividió irrevocablemente entre Antes y Después. Ahora, cientos de años más tarde, en el Después, no quedaban supervivientes ni testimonios. Solo los videntes como yo podían vislumbrarlo un momento, en el instante previo al despertar, o cuando nos tendía una emboscada en el medio segundo de un parpadeo: un destello y el horizonte se consumía como si fuese de papel.

Los únicos relatos de la deflagración eran los que cantaban los bardos. Cuando yo era niña, el bardo que pasaba por la aldea cada otoño cantaba sobre otros países, al otro lado del mar, que habían hecho caer el fuego del cielo, y sobre la radiación y el largo invierno que vino luego. Yo debía de tener ocho o nueve años cuando, en el mercado de Haven, con Zach, oí cantar la misma melodía, pero con distintas palabras, a una bardo vieja y de cabello gris como la escarcha. El estribillo sobre el largo invierno era el mismo, pero ella no mencionó otros países. Todas las estrofas hablaban del fuego y describían cómo lo había consumido todo.

Cuando tiré de la mano de nuestro padre y se lo pregunté, él se encogió de hombros. Había otras versiones de la canción, me dijo. ¿Qué importaba? Si de verdad habían existido otras tierras al otro lado del mar, ya no las había, al menos que hubieran encontrado nuestros marineros. Los rumores que aparecían cada cierto tiempo sobre Otraparte, sobre tierras de allende el mar, eran solo eso, rumores, tan creíbles como los que hablaban de una isla en la que los omegas vivían libres de la opresión de los alfas. Si te sorprendían especulando con esas cosas te arriesgabas a ser azotado en público, o a terminar en la picota, como el omega al que había visto una vez a las afueras de Haven. El hombre estuvo encadenado bajo el sol abrasador hasta que fue como si en lugar de lengua tuviera un lagarto de escamas azuladas en la boca, mientras los dos soldados del Consejo que montaban guar-

dia combatían el aburrimiento dándole un puntapié de vez en cuando para asegurarse de que seguía con vida.

«No hagas preguntas —había dicho nuestro padre—. Ni sobre el Antes, ni sobre Otraparte, ni sobre la isla. La gente del Antes hizo demasiadas preguntas, buscó demasiado lejos, y mira lo que les pasó. Este es el mundo ahora, el único que conoceremos nunca: confinado por el mar al norte, al sur y al oeste, y por los páramos al este. Y no importa de dónde vino la deflagración. Lo importante es que vino. Hace muchísimo tiempo, tan misterioso como el Antes que destruyó, sin dejar más que rumores y ruinas.»

Durante mis primeros meses en la celda, de vez en cuando recibía el regalo del cielo. Cada pocas semanas, en compañía de otros omegas cautivos, me escoltaban hasta las murallas para hacer un poco de ejercicio y disfrutar de unos momentos al aire libre. Íbamos en grupos de tres, acompañados por otros tantos guardias, como mínimo. Nos vigilaban de cerca, y no solo nos mantenían separados unos de otros sino que además nos prohibían aproximarnos a las almenas desde las que se divisaba toda la ciudad. En la primera salida había aprendido que no debía tratar de acercarme a los demás prisioneros y mucho menos hablarles. Mientras nos subían a las murallas desde las celdas, uno de los guardias se quejó de la lentitud de una prisionera de pelo cano que caminaba cojeando.

—Iría más rápido si no me hubierais quitado el bastón —respondió ella.

Los guardias no respondieron y la mujer me miró y puso los ojos en blanco. Ni siquiera fue una sonrisa, pero sí el primer atisbo de calor humano que había visto desde mi llegada a las Salas de Preservación. Al subir a las almenas traté de acercarme a ella lo bastante para intercambiar al menos algunos susurros. No estaba ni a tres metros cuando uno de los guardias me empujó contra una pared con tal fuerza que me hizo daño en los omóplatos. Cuando me llevaban de vuelta a la celda, otro me espetó:

—No hables con los demás. Ni siquiera los mires, ¿entendido?

Como tenía los brazos sujetos a la espalda no pude limpiarme su saliva de la mejilla. Su calidez fue una sucia forma de intimidación. A la mujer no volví a verla.

Un mes más tarde, o puede que un poco más, llegó mi tercera salida a las almenas, que también fue la última para todos. Estaba junto a la puerta, esperando a que mis ojos se acostumbraran al resplandor de los rayos del sol sobre la piedra. A mi derecha, dos guardias charlaban en voz baja. A mi izquierda, a unos siete metros, otro guardia, apoyado en la pared, observaba a un omega. Supuse que llevaba más tiempo que yo en las Salas de Preservación. Su piel, antaño morena, había cobrado ahora una sucia tonalidad gris. Pero la principal evidencia eran los tics de sus manos y el constante movimiento de sus labios, como si le molestase el roce de las encías. Desde que lo subieron allí no había hecho otra cosa que recorrer una vez tras otra el mismo tramo de empedrado arrastrando la contrahecha pierna derecha. A pesar de que teníamos prohibido hablar, de vez en cuando lo oía murmurar. Estaba contando: doscientos cuarenta y siete. Doscientos cuarenta y ocho.

Todos sabían que muchos videntes se volvían locos, que con el paso de los años las visiones iban consumiendo su mente. Las visiones eran el fuego y nosotros la yesca. Aquel hombre no era vidente, pero no me sorprendía que alguien pudiera enloquecer al cabo de tanto tiempo en las Salas de Preservación. ¿Qué posibilidades tenía yo, entonces, cuando además de las visiones debía hacer frente a las paredes implacables de mi celda? En cuestión de uno o dos años, pensaba, sería yo la que contase sus propios pasos, como si la pulcritud de los números pudiera imponer algún orden a una mente quebrada.

Entre el hombre y yo había otra prisionera, puede que unos años mayor que yo, una mujer manca de pelo negro y rostro alegre. Era la segunda vez que nos sacaban juntas. Me acerqué al borde de la muralla todo cuanto permitían los guardias y traté de

idear algún modo de comunicarme con ella mientras contemplaba las vistas más allá de las almenas de arenisca. No podía acercarme lo bastante para ver bien la ciudad que se extendía al pie de la montaña y de la fortaleza que en ella se alzaba. Las murallas restringían el horizonte y no dejaban ver otra cosa que las colinas teñidas de gris por la lejanía.

Entonces me di cuenta de que el hombre había dejado de contar. Al volverme, vi que el omega se había abalanzado sobre la mujer y la había agarrado por el cuello. Con un solo brazo bien poco podía hacer ella para defenderse, y tampoco había podido gritar a tiempo. Los guardias corrieron hacia ellos mientras yo aún estaba a varios metros y los separaron en cuestión de segundos, pero ya era demasiado tarde.

Cerré los ojos para no tener que ver el cuerpo, tendido boca abajo sobre los adoquines con el cuello doblado en un ángulo imposible. Pero los párpados cerrados no son refugio para el vidente. Mi mente estremecida vio otra cosa que había tenido lugar en el mismo instante en que moría ella: treinta metros por encima de nosotros, dentro del bastión, un vaso de vino cayó y sembró de rojizos fragmentos un suelo de mármol. Un hombre con casaca de terciopelo se echó hacia atrás, cayó de rodillas un instante y entonces murió, con las manos en el cuello.

Después de aquello no hubo más salidas a las murallas. A veces me parecía oír al omega loco, gritando y aporreando las paredes, pero era solo un rumor sordo, una palpitación en mitad de la noche. Nunca supe si realmente lo oía o solo lo percibía.

Dentro de mi celda casi nunca estaba oscuro. La esfera de cristal que colgaba del techo producía una luz pálida. Estaba encendida constantemente y emitía un leve zumbido, tan tenue que a veces me preguntaba si sería solo un pitido de mis propios oídos. Los primeros días me dediqué a vigilarla con nerviosismo, esperando a que se consumiera y me dejase sumida en una oscuridad total. Pero no era una vela ni una lámpara de aceite, siquier. Su luz era distinta: fría, invariable, estéril. Solo flaqueaba cada pocas semanas, cuando, tras unos segundos de parpadeo, desapa-

recía para dejarme en un mundo negro e informe. Pero nunca más de uno o dos minutos. Siempre volvía, de nuevo con parpadeos, como si se estuviera despertando para reanudar su vigilia. Acabé por recibir con alegría estos momentos de respiro, porque eran las únicas interrupciones de su incesante resplandor.

Debía de ser eso que llamaban Electricidad, supuse. Había oído las historias: era como una especie de magia, la llave de la mayor parte de la tecnología del Antes. Pero fuera lo que fuese, ahora se suponía desaparecida. Las máquinas que no fueron destruidas en la deflagración lo habían sido en las purgas que la siguieron, cuando los supervivientes acabaron con todo rastro de la tecnología que había reducido el mundo a cenizas. Todos los vestigios del Antes eran tabú, pero ninguno más que las máquinas. Y aunque los castigos por incumplir el tabú eran brutales, el miedo se bastaba por sí solo para mantener esta ley en vigor. El peligro estaba inscrito en la superficie del mundo carbonizado y en los cuerpos contrahechos de los omegas. No necesitábamos nada más para recordarlo.

Pero ahí había una máquina, una pieza de la Electricidad, suspendida del techo de mi celda. Nada aterrador o poderoso, como las cosas sobre las que hablaba la gente entre cuchicheos. Ni un arma, ni una bomba, ni siquiera uno de esos carruajes que podían moverse sin caballo. Solo una esfera de cristal del tamaño de mi puño que llenaba la celda de luz. Era incapaz de apartar los ojos del resplandeciente nudo que había en su interior, cegadoramente blanco, como si fuese una chispa de la propia deflagración atrapada allí. Lo miraba durante tanto rato que cuando cerraba los ojos su radiante forma permanecía grabada en la oscuridad de mis párpados. En aquellos primeros días estaba fascinada y aterrada, y permanecía encogida bajo la luz como si temiese que pudiera explotar.

Cuando miraba la luz, no era solo el tabú lo que me daba miedo, sino también lo que significaba para mí el acto de la contemplación. Si se corría la voz de que el Consejo estaba quebrantando el tabú, habría otra purga. El terror a la deflagración y a las

máquinas que la habían desencadenado seguía siendo demasiado real, demasiado visceral, como para que la gente lo tolerase. Eso significaba que mi condena era a cadena perpetua: ahora que lo había visto, nunca me dejarían marchar.

Lo que más echaba de menos era el cielo. Justo debajo del techo había una estrecha abertura que dejaba entrar aire fresco, no sé desde dónde, pero ni el menor rayo de luz. Para calcular el paso del tiempo utilizaba las bandejas de comida que, dos veces al día, aparecían por la trampilla que había en la base de la puerta. A medida que se alejaba en el tiempo aquella última visita a las murallas me di cuenta de que podía imaginar el cielo en abstracto, pero no recrearlo en una imagen precisa. Recordé las historias sobre el largo invierno, justo después de la deflagración, cuando el aire estaba tan impregnado de ceniza que nadie vio el cielo durante años y años. Decían que en aquellos tiempos nacieron niños que nunca llegaron a verlo. Me preguntaba en qué creerían, al pensar que el cielo se había convertido en un artículo de fe para ellos, como ahora lo era para mí.

Contar los días era el único modo que tenía de conservar alguna noción del tiempo, pero a medida que aumentaba su número, se fue transformando en otra tortura. No iba desgarnándolos con perspectiva de liberación alguna al final del recuento: simplemente iban creciendo, y con ellos la sensación de suspensión, de estar flotando en un mundo indefinido de oscuridad y aislamiento. Tras el fin de las visitas a la muralla, el único hito que se repetía en mi existencia con regularidad era la visita de la Confesora cada quince días para interrogarme sobre mis visiones. Decía que a los demás omegas no los veía nadie. Cuando pensaba en ello, no sabía si debía sentir envidia o lástima por ellos.

Dicen que los gemelos empezaron a aparecer en la segunda y tercera generación del Después. Durante el largo invierno no existían. Nacían muy pocos bebés y sobrevivían aún menos. Fue-

ron los años de los cuerpos fundidos y los niños fallidos e irreconocibles. Sobrevivían poquísimos, y entre ellos los que podían reproducirse eran tan escasos que parecía improbable que la humanidad perdurase.

Al principio, en el afán por repoblar el mundo, me imagino que la gente debió de recibir con entusiasmo la invasión de gemelos. Tantos niños y tantos de ellos normales... Siempre nacían un niño y una niña y uno de los dos era perfecto. No solo faltó de deformidades, sino fuerte y robusto. Pero la fatal simetría de la situación no tardó en hacerse evidente. El precio a pagar por cada niño perfecto era su gemelo. Adoptaban muchas formas diferentes: miembros ausentes, atrofiados o, en ocasiones, múltiples. Con más o menos ojos de los normales o con los párpados pegados. Eran los omegas, contrapunto oscuro de los alfas. Los alfas los llamaban mutantes y decían que eran la ponzoña que ellos mismos expulsaban en el útero de las madres. La mácula de la deflagración que, no pudiendo eliminarse, al menos se confinaba en el gemelo inferior. Los omegas cargaban con el peso de las mutaciones y dejaban libres a los alfas.

Aunque no del todo. Si las diferencias entre los gemelos eran visibles, el vínculo que los unía no. Pero aun así se manifestaba siempre, de un modo incontestable. Daba igual que nadie entendiese el porqué. Puede que al principio le quitasen importancia al hecho, atribuyéndolo a una mera coincidencia, pero poco a poco la incredulidad tuvo que ceder ante la evidencia de las muertes: los gemelos nacían juntos y morían juntos. Estuvieran donde estuvieran, por muy lejos que se encontrasen el uno del otro, cuando moría uno de ellos lo hacía también su gemelo.

El dolor intenso o las enfermedades graves también los afectaban a ambos. Si uno contraía unas fiebres altas, el otro no tardaba en padecerlas. Si noqueaban a uno, el otro perdía la consciencia, estuviera donde estuviese. Las heridas de poca consideración y las enfermedades menores no parecían capaces de saltar de hermano a hermano, pero cuando el dolor de las heridas de un gemelo era intenso, hacía gritar y despertarse al otro.

Al constatarse que los omegas eran estériles, todo el mundo asumió durante un tiempo que acabarían por extinguirse. No eran más que una lacra pasajera, un reajuste tras la deflagración. Pero en cada generación volvía a repetirse el mismo patrón: todos gemelos y siempre un alfa y un omega. Solo los alfas podían tener hijos, pero cada hijo que engendraban venía acompañado por su gemelo omega.

Cuando nacimos Zach y yo, ambos perfectos, nuestros padres debieron de contar una y mil veces: miembros, dedos de las manos, de los pies... Estaba todo. Seguro que no dieron crédito. Nadie escapaba a la dualidad de alfas y omegas. Nadie. Y se sabía de omegas cuyas deformaciones se manifestaban más adelante: una pierna que se negaba a crecer al mismo ritmo que la otra; una sordera que no se detectaba en la infancia; un brazo que resultaba deforme o débil... Pero también corrían rumores sobre diferencias que no eran de naturaleza física: el niño que parecía normal hasta que de pronto se ponía a gritar y salía corriendo de la casa minutos antes de que una viga del tejado se desplomara de pronto; la niña que lloraba por el perro del pastor una semana antes de que lo atropellase un carromato del pueblo de al lado. Eran los omegas de mutaciones invisibles: los videntes.

Eran muy poco frecuentes, solo uno de cada varios miles, como mucho. Todos conocían al vidente que acudía cada mes al mercado de Haven, la ciudad que había río abajo. Aunque los omegas tenían prohibido visitar el mercado de los alfas, con este habían hecho la vista gorda durante años y dejaban que se escondiese detrás de los puestos, de las cajas apiladas y de los montones de verduras medio estropeadas. La primera vez que visité el mercado ya era viejo, pero aún seguía ejerciendo su oficio, y por una moneda de bronce les pronosticaba a los granjeros el tiempo de la estación siguiente o le decía a la hija de un mercader con quién se desposaría. Pero era un hombre extraño, que siempre estaba mascullando para sus adentros una especie de interminable encantamiento. Una vez, cuando Zach y yo pasamos a su lado junto con papá, el vidente gritó:

—¡Fuego. Siempre fuego!

Los tenderos cercanos ni siquiera parpadearon. Al parecer, tales arrebatos eran frecuentes. Aquel era el destino de la mayoría de los videntes: la deflagración se abría paso ardiendo a través de su mente y se veían obligados a revivirla.

No sé cuándo descubrí por primera vez mi propia particularidad, pero sí recuerdo que ya era lo bastante mayor como para saber que tenía que ocultarla. Durante los primeros años permanecí en la misma ignorancia que mis padres. ¿Qué niño no despierta a veces gritando en medio de una pesadilla? Tardé mucho tiempo en comprender que había algo distinto en mis sueños: la recurrencia de los mismos sobre la deflagración; mi capacidad de soñar con una tormenta que no llegaba hasta la noche siguiente; el hecho de que los detalles y escenas de mis sueños llegasen mucho más allá de la aldea, con sus cuarenta casas amontonadas alrededor de la plaza central y su pozo de piedra. Lo único que yo había conocido en mi vida era el valle, las casas y los cobertizos de madera agrupados a treinta metros del río, lo bastante arriba para escapar a las crecidas que cubrían los campos de ricos aluviones cada invierno. Pero mis sueños estaban poblados de paisajes que nunca había visto y de rostros desconocidos. Fortalezas diez veces más altas que nuestra casita, con sus suelos arañados por la arena y su techo bajo con las vigas a la vista. Ciudades con calles más anchas que el propio río infestadas de multitudes.

Al llegar a la edad suficiente para sorprenderme por esto, me di cuenta también de que Zach dormía todas las noches de un tirón. Aprendí a permanecer tendida en silencio en el camastro que compartíamos y a calmar mi respiración frenética. Aprendí a no gritar cuando las visiones se presentaban de día, y en especial cuando lo hacía el atronador destello de la deflagración. La primera vez que papá nos llevó a Haven, río abajo, reconocí la bulliciosa plaza del mercado que había visto en mis sueños, pero al ver cómo se encogía Zach y tomaba a papá de la mano, imité su mirada de perplejidad.

Así que nuestros padres esperaron. Como todos los padres, solo habían hecho un camastro para ambos, pues suponían que tendrían que expulsar a uno de los dos en cuanto, una vez destetados, nos separásemos. Pero al ver que a la edad de tres años aún nos resistíamos tenazmente a ello, nuestro padre tuvo que construir un par de camas más grandes. Aunque Mick, el vecino, era famoso en todo el valle por su destreza como carpintero, esta vez papá no le pidió ayuda. Hizo las camas él mismo, casi furtivamente, en el pequeño patio cercado que había tras la cocina. En los años posteriores, siempre que oía el crujido de mi asimétrico y tosco lecho, recordaba la cara de papá al meterlas a rastras en el cuarto y colocarlas lo más lejos posible de las paredes.

Mamá y papá apenas nos hablaban ya. Eran los años de la sequía y todo estaba racionado. Hasta las palabras, me parecía a mí. En nuestro valle, donde normalmente los campos más bajos se inundaban al llegar el invierno, el caudal del río menguó hasta convertirse en un apático arroyuelo cuyo lecho, visible a ambos lados de la escueta corriente, crujía al pisarlo como si estuviera cubierto de trozos de loza vieja. Ni siquiera en una aldea acomodada como la nuestra sobraba nada. Las cosechas fueron malas los dos primeros años, y al tercero la ausencia de lluvia las arruinó por completo, así que tuvimos que vivir de los ahorros. El polvo azotaba los campos resacos. Murió parte del ganado. No había con qué alimentarlo, ni siquiera para aquellos que tenían dinero. Se decía que al este había gente que estaba muriendo de hambre. El Consejo envió patrullas por todas las aldeas para protegerlas de las incursiones de los omega. Fue el verano en que erigieron la muralla de Haven y de la mayoría de las grandes ciudades alfa. Pero los únicos omegas que pude ver en aquellos años, de paso por la aldea de camino a los refugios, parecían demasiado flacos y cansados como para suponer una amenaza para nadie.

Las patrullas del Consejo se mantuvieron incluso después de terminar la sequía. Lo mismo que la vigilancia de mamá y papá. La menor diferencia entre Zach y yo era aislada y diseccionada al

instante. Cuando contrajimos las fiebres invernales, mis padres mantuvieron una larga conversación tratando de descubrir quién había enfermado antes. Debía de tener seis o siete años. A través del suelo del dormitorio pude oír que mi padre, en la cocina, insistía en que la noche anterior yo le había parecido un poco acalorada, diez horas antes de que los dos despertásemos, perfectamente coordinados, en la cúspide de la fiebre.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la actitud reservada que mostraba papá con nosotros no era su habitual sequedad, y que la permanente vigilancia de mamá no era devoción maternal, sino otra cosa. Zach siempre andaba detrás de papá, fuese al pozo, al campo o al granero. A medida que nos hacíamos mayores, papá se fue volviendo cada vez más huraño y menos afectuoso. Con frecuencia, echaba a Zach de su lado o lo mandaba a casa a gritos. Pero eso no impedía a mi hermano buscar excusas para seguirlo siempre que podía. Si papá iba a buscar leña al bosquecillo que había río arriba, Zach me arrastraba hasta allí en busca de setas. Si papá iba a trabajar al campo de maíz, Zach sentía de pronto la imperiosa necesidad de ir a reparar la cerca rota del corral de al lado. Guardaba las distancias, pero seguía a nuestro padre como una sombra extrañamente desplazada.

De noche yo cerraba los ojos con fuerza cuando mamá y papá hablaban de nosotros, como si de aquel modo pudiera impedir que las voces se colasen a través de los tablones del suelo. En la otra cama, junto a la pared opuesta, podía oír cómo se removía Zach y el apacible ritmo de su respiración. No sabía si estaba dormido o solo lo fingía.

—Has visto algo nuevo.

Dirigí la mirada al grisáceo techo de la celda para evitar los ojos de la Confesora. Sus preguntas siempre eran así: sin rodeos, expresadas en forma de afirmaciones, como si ya conociese la respuesta. Lógicamente, no había forma de saber si era así. Había experimentado en mis propias carnes lo que era vislumbrar reta-

zos de los pensamientos de otros, o despertar con recuerdos que no eran míos. Pero la Confesora no era una simple vidente: ella utilizaba su poder deliberadamente. Cada vez que venía a mi celda podía sentir cómo su mente volaba en círculos alrededor de la mía. Siempre me negaba a responder a sus preguntas, pero nunca podía saber cuánto había logrado ocultarle en realidad.

—Solo la deflagración. Como siempre.

Separó las manos y volvió a entrelazarlas.

—Dime algo que no me hayas dicho veinte veces.

—No hay nada. Solo la deflagración.

Estudí su rostro, pero no encontré nada en él. «He perdido práctica», pensé. Demasiado tiempo en la celda, aislada. Además, la Confesora era inescrutable. Traté de concentrarme. Su rostro estaba casi tan pálido como el mío, al cabo de tantos meses en la celda. De algún modo, su marca resultaba más chocante en ella que en los demás, porque el resto de sus facciones eran imperturbables. Tenía la tez suave como un guijarro del río, salvo en la zona rojiza y fruncida de la marca, que le brotaba como una ampolla en plena frente. No era fácil adivinar su edad. A primera vista podía parecer tan joven como Zach y yo. Sin embargo, me daba la sensación de que era décadas más vieja, por la intensidad de su mirada y un poder que a duras penas alcanzaba a disimular.

—Zach quiere que me ayudes.

—Pues dile que venga él mismo. Dile que venga a verme.

La Confesora se echó a reír.

—Los guardias me han contado que las primeras semanas gritabas su nombre. ¿Después de tres meses aquí sigues pensando que va a venir?

—Vendrá —respondí—. Al final vendrá.

—Pareces convencida de ello. —Ladeó ligeramente la cabeza—. ¿Estás segura de que deseas que lo haga?

Nunca le habría explicado que no era cuestión de deseo, del mismo modo que un río no desea seguir el sentido de la corriente. ¿Cómo iba a explicarle que me necesitaba, por mucho que fuese yo la que estaba en la celda?

Traté de cambiar de tema.

—Ni siquiera sé lo que quieres —dije—. O lo que crees que puedo hacer.

Puso los ojos en blanco.

—Eres como yo, Cass. Lo que significa que sé lo que puedes hacer, aunque no lo admitas.

Intenté hacer una concesión estratégica.

—Cada vez es más frecuente. La deflagración.

—Por desgracia, dudo que tengas mucha información valiosa sobre algo que sucedió hace cuatrocientos años.

Sentí que su mente sondeaba las fronteras de la mía. Era como si unas manos desconocidas me palpasen el cuerpo. Traté de volverme tan inescrutable como ella, de cerrar mi mente.

Se recostó en la silla.

—Háblame de la isla.

Lo dijo en voz baja, pero tuve que disimular mi consternación por la facilidad con la que había penetrado. Las visiones de la isla habían comenzado hacía pocas semanas, tras la última visita a las murallas. Las primeras veces que soñé con ella me costó darle crédito y llegué a preguntarme si aquellas imágenes fugaces del mar y el cielo no serían producto de mi fantasía en lugar de visiones, si no estaría soñando despierta con espacios abiertos como respuesta al confinamiento de mi realidad cotidiana a aquellas cuatro paredes grises, el estrecho camastro y la solitaria silla. Pero las visiones se producían con demasiada regularidad y eran demasiado detalladas y coherentes. Estaba tan segura de que lo que había visto era real como de que nunca podría hablar de ello. En aquel momento, en el silencio de la sala, el sonido de mi respiración se me antojó estruendoso.

—Yo también la he visto, ¿sabes? —dijo—. Me lo vas a contar.

Su mente sondeó la mía y la dejó al desnudo. Fue como cuando papá desollaba un conejo: el momento en que arrancaba la piel de un tirón y aparecía todo cuanto había debajo.

Traté de sellar las partes de mi mente en las que se encontraban las imágenes de la isla: la ciudad escondida en la caldera y las

casas que ascendían encaramándose por las empinadas laderas; el agua, de un gris impenitente, extendida en todas direcciones y salpicada por afloramientos de puntiaguda roca. Volví a verlo todo, como tantas veces en mis sueños. Traté de imaginar que me guardaba el secreto en la boca, del mismo modo que la isla guardaba la ciudad secreta en el interior del cráter.

Me levanté y dije:

—No hay ninguna isla.

La Confesora se levantó también.

—Ya te gustaría.

A medida que nos hacíamos mayores, la vigilancia de Zach se sumó a la de nuestros padres, y con la misma intensidad. Para él, cada día que seguíamos juntos era otro día en el que debía cargar con la sospecha de ser un omega, otro día que no podía asumir el lugar que le correspondía en la sociedad alfa. Así que, unidos aún, vivíamos varados en los márgenes de la vida de la aldea. Mientras los demás niños iban a la escuela, nosotros estudiábamos juntos en la mesa de la cocina. Mientras ellos jugaban junto al río, nosotros lo hacíamos solos, o los seguíamos a distancia para imitar sus juegos. Si nos acercábamos mucho nos gritaban o nos tiraban piedras, así que solo podíamos oír fragmentos de las rimas que cantaban. Luego, ya en casa, intentábamos repetir las y llenábamos los huecos con palabras y versos inventados por nosotros. Vivíamos en nuestra pequeña órbita de sospecha. Para el resto de la aldea nos convertimos en objeto, primero de curiosidad y posteriormente de hostilidad. Al cabo de algún tiempo, los cuchicheos dejaron de serlo para transformarse en gritos. «Ponzoña.» «Monstruos.» «Impostores.» No sabían cuál de nosotros era el peligroso, de manera que nos despreciaban a ambos por igual. Cada vez que se separaba una pareja de gemelos nacidos en la aldea crecían las sospechas que inspiraba nuestra situación. Al hijo omega de nuestros vecinos, Oscar, cuya pierna izquierda terminaba a la altura de la rodilla, lo enviaron con sus

parientes omega a los nueve meses. Muchas veces veíamos a su pequeña gemela, Meg, jugando sola en el cercado de su casa.

—Seguro que echa de menos a su gemelo —le dije a Zach una vez al pasar por allí, mientras observábamos a Meg masticar la cabeza de un caballito de madera.

—Claro —respondió él—. Apuesto algo a que está destrozada por no tener que seguir viviendo con un monstruo.

—Y él también echará en falta a su familia.

—Los omegas no tienen familia —respondió.

Era una frase muy famosa, sacada de uno de los carteles del Consejo.

—Además, ya sabes lo que les pasa a los padres que intentan aferrarse a sus hijos omegas.

Había oído las historias. El Consejo no tenía piedad con esos padres que, muy de vez en cuando, se resistían a la separación y trataban de quedarse con sus dos gemelos. Y lo mismo les pasaba a los escasos alfas que tenían contacto con algún omega. Los rumores hablaban de flagelaciones públicas y cosas peores. Pero lo cierto es que la mayoría de los padres entregaba a sus hijos omegas de buen grado, encantados de librarse de sus retoños deformes. El Consejo aseguraba que el contacto prolongado con los omegas era peligroso. Cuando nuestros vecinos hablaban de ponzoña revelaban tanto su desprecio como su miedo. Había que expulsar a los omegas de la sociedad de los alfas, del mismo modo que el alfa expulsaba el veneno en el útero de la madre. ¿Era eso lo único que no padecíamos los omegas?, me preguntaba yo. Como no podíamos tener hijos, al menos nunca tendríamos que saber lo que se sentía al arrojar a uno lejos de nuestro lado.

Sabía que la hora de mi expulsión se avecinaba y que al ocultarlo solo estaba postergando lo inevitable. Incluso había comenzado a preguntarme si la existencia que llevaba —la perpetua vigilancia de mis padres y del resto de la aldea— era preferible al exilio que inevitablemente la seguiría. Zach era la única persona que podía comprender mi extraña y limitada vida, porque la

compartía. Pero yo sentía sobre mí sus ojos tranquilos y oscuros en todo momento.

En mi deseo de contar con una compañía menos vigilante, había cogido tres de los escarabajos rojos que vivían cerca del pozo. Los guardaba en un tarro sobre el alféizar de la ventana y disfrutaba viéndolos caminar y escuchando el sordo golpeteo de sus alas contra el cristal. Una semana después me encontré al más grande de ellos clavado a la madera del alféizar, con un ala menos, dando vueltas sin cesar sobre el pivote de sus propias tripas.

—Era un experimento —dijo Zach—. Quería ver cuánto podía vivir así.

Se lo conté a nuestros padres

—Está aburrido, nada más —dijo mi madre—. Lo está volviendo loco que no podáis ir la escuela, como debería ser.

Pero la verdad quedó sin decir, dando vueltas a nuestro alrededor como el escarabajo en el clavo: solo uno de los dos podría ir a la escuela alguna vez.

Yo misma aplasté el escarabajo con el talón del zapato para poner fin a su circular tormento. Aquella noche me llevé el tarro y a sus otros dos moradores al pozo. Al quitar la tapa e inclinar el recipiente, los insectos intentaron resistirse a salir. Los empujé con una brizna de hierba y los deposité cuidadosamente en el borde de piedra en el que estaba sentada. Uno de ellos hizo un breve vuelo y aterrizó sobre mi pierna desnuda. Dejé que se quedara allí un momento, antes de obligarlo a despegar de nuevo con un soplido.

Aquella noche Zach vio el tarro vacío junto a mi cama. Ninguno de los dos dijo nada.

Alrededor de un año después, una tarde tranquila, mientras recogía leña a la orilla del río, cometí un error. Caminaba justo detrás de Zach cuando sentí algo: el atisbo parcial de una imagen que se interpuso repentinamente entre el mundo real y mi visión. Eché a correr hacia mi hermano y lo aparté de un empujón

antes incluso de que la rama hubiera empezado a caer. Fue una respuesta instintiva, como las que hasta entonces me había acostumbrado a reprimir. Más tarde me preguntaría si lo que había provocado aquel lapso fue el miedo a que le pasara algo o el simple agotamiento provocado por aquella vigilancia constante. Sea como fuese, mi hermano estaba ileso, despatarrado junto a mí a un lado de la senda, cuando una rama se partió con un crujido y, tras llevarse por delante otras muchas, cayó finalmente en el mismo sitio donde había estado él hasta un instante antes.

Cuando nuestros ojos se encontraron me asombró la intensidad del alivio que había en los suyos.

—Tampoco te habría hecho gran cosa —dije.

—Ya.

Me puse en pie con su ayuda y él me sacudió el vestido para quitarme unas hojas.

—Lo vi —me apresuré a decir—. Vi que empezaba a caer, me refiero.

—No tienes que explicarme nada —dijo—. Debería darte las gracias por empujarme.

Por primera vez desde hacía años me obsequió con la sonrisa franca y desbordante que yo recordaba de nuestra infancia. Lo conocía demasiado bien para alegrarme.

Insistió en cogerme la leña y cargarla hasta la aldea.

—Te lo debo —me dijo.

Durante las semanas siguientes nos pasamos la mayor parte del tiempo juntos, como siempre, pero él se mostró menos brusco en los juegos. Cuando íbamos al pozo me esperaba. Cuando cogíamos el atajo por el campo y se encontraba con unas ortigas, se volvía para avisarme. Dejó de tirarme del pelo y de quitarme las cosas.

El descubrimiento de Zach me proporcionó cierto respiro con respecto a sus crueldades cotidianas, pero no bastaba aún para desencadenar nuestra separación. Para eso necesitaba pruebas. Era algo que había aprendido a base de afirmaciones virulentas pero fútiles. Así que esperó a que me desenmascarara sola

con un nuevo desliz. Sin embargo, logré guardar el secreto durante casi un año. Las visiones se habían hecho más intensas, pero había aprendido a no reaccionar, a no responder con gritos a los destellos de fuego que jalonaban mis noches o a las imágenes de lugares distantes que se colaban en mi mente cuando estaba despierta. Ahora pasaba más tiempo sola, vagando río arriba, a veces hasta llegar a la profunda garganta que se abría más allá del río, donde se ocultaban los silos abandonados. Zach ya no me seguía.

Nunca entraba en los silos, claro. Eran tabú. Nuestro mundo roto estaba sembrado de ruinas parecidas, pero estaba prohibido entrar en ellas, al igual que lo estaba la posesión de reliquias. Había oído contar que algunos omegas, movidos por la desesperación, se atrevían a entrar en las ruinas para saquearlas. Pero ¿qué podía quedar allí al cabo de tantos siglos? La deflagración había arrasado la mayoría de las ciudades. Y aun en el caso de que quedase algo útil en las ciudades prohibidas después de tantos siglos, ¿quién se atrevería a llevárselo sabiendo cuál era el castigo? Y además estaban los rumores sobre lo que podían albergar aquellos lugares, más aterradores aún que la ley: la radiación, prendida de aquellas reliquias como un nido de avispas, según se decía. La presencia contaminante del pasado. Cuando alguien se atrevía a mencionar el Antes, era en voz queda, con una mezcla de asombro reverente y repulsión.

Zach y yo solíamos retarnos para ver quién se acercaba más a los silos. Él era más valiente y una vez se atrevió incluso a acercarse al más próximo y a poner una mano sobre el curvo muro de hormigón, antes de volver corriendo, radiante de orgullo y miedo. Pero ahora yo iba siempre sola y me pasaba las horas sentada bajo un árbol desde el que se divisaban. Los tres gigantescos edificios tubulares estaban más enteros que otras ruinas similares. Los había protegido la garganta que los rodeaba y el cuarto silo, que debía de haber recibido el impacto de la deflagración. Este se había desplomado por completo, sin dejar más que la base circular. Unas barras de metal retorcidas sobresalían de la

tierra como los dedos anhelantes de un mundo sepultado en vida. Pero yo agradecía la existencia de aquellas estructuras, a pesar de su fealdad, porque significaba que nadie se acercaría por allí y podía tener la certeza de que estaría sola. Y al contrario que en Haven, o en los pueblos de los alrededores, allí no había carteles del Consejo ondeando al viento: «Vigilancia contra la contaminación de los omegas». «Unidad alfa: apoya la subida de los tributos de los omegas.» Desde los años de la sequía todo parecía escasear, salvo los nuevos carteles del Consejo.

A veces me preguntaba si me atraerían las ruinas porque me reconocía en ellas. Los omegas, en nuestra imperfección, éramos como aquellos lugares prohibidos: peligrosos. Contaminantes. Vestigios de la deflagración y de lo que había traído.

Aunque Zach ya no me acompañaba a los silos ni en mis otros vagabundeos, yo sabía que me observaba con más atención que nunca. Siempre que volvía de los silos, cansada tras la larga caminata, me sonreía a su manera vigilante y me preguntaba con educación qué tal día había pasado. Sabía adónde iba, pero nunca se lo dijo a nuestros padres. Se habrían enfurecido de haberse enterado, pero él guardaba silencio. Era como una serpiente que se retrae antes de atacar.

La primera vez que intentó desenmascararme utilizó para ello a mi muñeca preferida, Scarlett, la del vestido rojo que había cosido mamá. Cuando nos dieron camas separadas, al principio yo dormía abrazada a ella en busca de consuelo. E incluso a los doce años seguía durmiendo con Scarlett bajo el brazo, para sentir el reconfortante picor de la áspera lana trenzada de su cabello contra la piel. Una mañana desapareció.

Cuando pregunté por ella en el desayuno, Zach respondió con radiante entusiasmo:

—Está escondida a las afueras de la aldea. Me la he llevado mientras estabas dormida.

Se volvió hacia nuestros padres.

—Si Cass encuentra el sitio donde la he enterrado es que es una vidente. Será la prueba de ello.

Nuestra madre lo regañó y me puso una mano en el hombro, pero mis padres se pasaron todo el día vigilándome con más atención que de costumbre.

Me eché a llorar, tal como había planeado. El esperanzado escrutinio de mis padres me lo puso fácil. Cuánto deseaban resolver el enigma de los gemelos, aunque eso significase librarse de mí... Al llegar la noche, saqué de mi caja de juguetes una muñeca de cabello burdamente recortado, con una sencilla camisa blanca. Aquella noche, Scarlett volvió a dormir junto a mi brazo tras su exilio en la caja de los juguetes, donde llevaba desde que, una semana antes, le quitara el vestido rojo para ponérselo a una muñeca menos querida y le cortase el largo cabello trenzado.

A partir de entonces se convirtió en un secreto, oculto a la vista de todos sobre mi cama. Nunca me molesté en ir hasta el sauce quemado por el rayo que había arroyo abajo para buscar la muñeca del vestido rojo que había enterrado Zach.